

## UNCIÓN Y LÁGRIMAS

*Disputadores son mis amigos; Mas ante Dios derramaré mis lágrimas.*

Job 16:20

*Todas las noches inundo de llanto mi lecho;*

*Riego mi cama con mis lágrimas.*

Salmos 6:6

*Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche,*

Salmos 42:3

*Pon mis lágrimas en tu redoma*

Salmos 56:8

*Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.*

Salmos 126:5

*Mas ésta ha regado mis pies con lágrimas,*

*y los ha enjugado con sus cabellos.*

Lucas 7:44

*, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.*

Hechos 20:31

Muchas veces hemos pasado por situaciones comprometidas, tristes, y hasta peligrosas, y siempre nos hemos valido de nuestras propias fuerzas y de nuestro propio criterio, para enfocar, discernir y resolver nuestras dificultades. No hemos puesto nuestras cosas en manos de quien todo lo puede, tal vez por miedo, o por no creernos merecedores de la protección de Dios en cada momento. La conciencia nos acusa, y así nos impide ir a la fuente de todo consuelo. Al Cristo que da sin reproche.

En cambio los grandes hombres de Dios comprendieron muy bien su estado ante Él, y como los que oyeron la predicación de Pedro en el templo después de este recibir al Espíritu Santo, se compungieron de corazón y rogaron por que se les librara de la ignorancia y el error por los medios de Dios, y no por sus propias fuerzas. *Sepa, pues, inequívocamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?* (Hechos 2:36).

Esa es la pregunta que surge, enseguida que recibimos la iluminación, para comprender y buscar la voluntad de Dios. ¿Que haremos? Como David lloraba su pecado, como Ana la madre del profeta Samuel, conductor y juez de Israel, cuando pedía al Señor un hijo: *ella con amargura de alma oró a Yahvé, y lloró abundantemente.* (1ª Samuel 1:10). Y también Ezequías en trance de muerte, así como Nehemías al contemplar la ruina de Jerusalén. Todos ellos lloraron, por que era lo único que podían ofrecer a Dios, sus lágrimas salidas de sus ojos y su corazón afligido.

Lloraban las santas mujeres al paso del inocente Jesús, cargado con su cruz, y lamentaban clamando por la gran injusticia de aquel tormento, *pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos... Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?* (Lucas 23:28 ss.). Él

sabía que los lloros habían de ser por nuestro triste destino, y no por su muerte y sufrimientos, que devinieron divinamente en su resurrección y su ascensión junto a su Padre Celestial.

Las lágrimas verdaderas, son lluvia que apaga los incendios de nuestras concupiscencias. Son la señal de que, arrepentidos de veras, nos acercamos dolidos al Salvador, para que nuestras lágrimas ablanden el rigor que hemos merecido. Ese temor y esa esperanza, es la que produce lágrimas, que de suplicantes, se tornan en jubilosas cuando nos sentimos perdonados y acogidos de nuevo al favor de Su Divina Majestad.